

UN TAL BABBITT

RICARDO MENÉNDEZ SALMÓN

Borges dejó dicho que el primer dato a la hora de valorar un libro debe ser tener presente la fecha en que se publicó. En efecto, a menudo olvidamos que la gran literatura posee siempre un anclaje en la época de la que se reclama espejo. Cuando en 1969 John Cheever publica *Bullet Park*, alucinada recreación de la clase media americana y su catastro de miserias, firma el acta de defunción de cierto *american way of life* y el pistoletazo de salida para una visión acidísima de la institución nacional por anto-

nomasia, la familia, por aquel tiempo reflejo de un país en caída libre. Sin su inquietante visión de los cadáveres que todo hogar esconde en los armarios de sus dormitorios, pudriéndose junto a los bibelots reunidos tras años de peregrinaje por las distintas ferias del mal gusto, sería imposible entender novelas como *La tormenta de hielo*, de Rick Moody, o *Las correcciones*, de Jonathan Franzen, por no mencionar películas como *American beauty*, de Sam Mendes, o *Happiness*, de Todd Solondz.

Cada época tiene, así, su notario, y sin duda Sinclair Lewis debió de ser un escrutador nada desdeñable de su tiempo. *Babbitt*, obra capital del primer Premio Nobel de Literatura que dio Estados Unidos, fue escrita en 1922, en ple-



John Sinclair.

ALFRED EISENSTAEDT



Babbitt

Sinclair Lewis

Nórdica Libros

21,50 euros

456 páginas

na Ley Seca, siete años antes de la Gran Depresión, cuando los despreocupados años 20 están a punto de manifestarse como un trampantojo que esconde la evidencia de una realidad dramática, la de un mundo que en Estados Unidos se encamina hacia la debacle económica y en Europa hacia el esplendor de los más ominosos totalitarismos.

En esa incierta nebulosa del capitalismo feliz, encarnado por la pujante ciudad de Zenith, sitúa Lewis a su héroe, el patético, prolijo e inolvidable agente inmobiliario George F. Babbitt, un personaje con la fuerza del Eugene Gant de Thomas Wolfe, el Moses Herzog de Saul Bellow o el Frank Bascombe de Richard Ford. En palabras de Lewis, Babbitt «era virtuoso. Defendía la prohibición del alcohol, aunque no la practicase. Alababa las leyes contra el exceso de velocidad, aunque no las cumpliera. Pagaba sus deu-

das. Contribuía a la Iglesia, a la Cruz Roja y a la Asociación Cristiana de Jóvenes. Se atenía a las costumbres de su clan y sólo estafaba cuando había precedentes que lo hacían admisible». Con estos mimbres, no es difícil experimentar piedad y desprecio a partes iguales ante un tipo para quien «lo mismo que los sacerdotes de la iglesia presbiteriana determinaban sus creencias religiosas y los senadores que controlaban el partido republicano decidían en sus conciliábulos de Washington lo que debía pensar sobre el desarme, sobre las tarifas y sobre Alemania, los grandes publicitarios de la nación fijaban la superficie de su vida, lo que él creía que era su individualidad».

Babbitt es, pues, un hombre que fluctúa entre el ser y el parecer, obsesionado por convertirse en paladín de la moral pero, al mismo tiempo, horriblemente ansioso por escapar de un matrimonio agotado y una paternidad que nunca deseó, apático y a la vez efusivo, donjuán de pacotilla y feroz puritano, alma frágil entre cuerdas que tiran de él en direcciones opuestas. Quizás, de ahí, que resulte tan sencillo empatizar con sus anhelos y con sus miserias. Porque quién, en realidad, no ha sido Babbitt en algún momento de su vida; quién, como él, no ha sentido, con un terror primitivo, la insolencia de esa pregunta que, de pronto, nos acosa inmisericorde: «qué podría hacer con algo tan desconocido y tan embrazoso como la libertad».